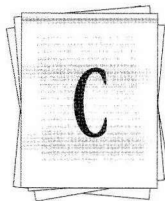


**DÍA DE LA MONTAÑA
DÍA DE CANTABRIA**



Jerónimo Arozamena Sierra

1984



Comparezco ante vosotros, pueblo de Cantabria, en estas fiestas y en este día, símbolo hoy de una región, presente siempre en la historia de nuestra España, para convocaros otro año más a las fiestas que ahora comienzan; para pregonar, como dicen los viejos textos, un día de ilusión, de esperanza, y a la vez, como corresponde a la historia de este pueblo animoso, universal, comprometido en los valores de la libertad, la justicia y la solidaridad, pedir con vosotros que en este diario hacer la historia, avancemos resueltamente en la consecución de los objetivos que hacen a un pueblo grande.

Los pueblos tienen una continuidad histórica inamovible, y hemos de huir de inconstantes veleidades, hemos de desterrar afanes de empezar siempre otra vez. El pasado, todo el pasado, lo bueno y lo malo, es parte de nuestra historia, y a ella hemos de mirar para avanzar decididamente por los caminos de la libertad, desterrando las insolidaridades, afirmando lo que une a nuestro pueblo, dentro de la indisoluble unidad de la nación, como proclama la Constitución que este pueblo, el pueblo español, se ha dado ilusionadamente.

Soy ahora —en este día— el que por honroso encargo de los que asumen las tareas de gobierno de Cantabria, porque así lo ha querido este pueblo dentro del pluralismo que es una de las esencias de la convivencia democrática, quien ocupa el lugar asignado al que ha de pregonar, ha de publicar lo que este día representa.

Vengo desde un valle próximo. Vengo desde Campoo, por donde, según dicen los que conocen nuestra historia, discurrió una de las aventuras de la aportación de Cantabria en lo que había de ser el origen de la nación hispana. Por donde, se ha dicho, gentes de la Montaña fueron a lo que es Castilla, partiendo de otros valles, tomando la vía de Cabuérniga, y dejando a un lado las estribaciones de Peña Labra; descendieron en dirección a Reinosa, cabalgando sobre las accidentadas lomas de Brañosera.

La celebración del Día de Cantabria —o del Día de la Montaña— responde a una consolidada iniciativa que ahora está pronta a cum-



plir veintiún años. Figuras relevantes han ocupado, a partir del año 1964, esta tribuna y han dejando, en sus pregones, piezas literarias, artísticas e históricas de gran calidad. No soy yo quien va a enriquecer esa destacada producción bien prolongada por Crespo de Lara. Por propias, y bien conocidas limitaciones del que ahora os habla, no es la enseñanza de la historia de esta tierra nuestra, no es el canto de sus poetas, o la descripción apasionada y a la vez objetiva de sus mantenedores, la que va a enriquecerse con el pregón que ahora escucháis.

Ahí están las páginas densas, bellas, de los que me han precedido en este honroso cargo de pregonero por un día. Leedlas; leedlas con recogida atención. En ella está reflejada Cantabria. En ellas están, en mirada fugaz, sus montañas y sus valles, la continuidad de nuestra historia, las vicisitudes históricas de este pueblo, la aportación de sus hombres a las manifestaciones de la cultura; en ellas están nuestros poetas y nuestros novelistas, y los hombres de ciencia; los que desde tempranos momentos de nuestra historia se incorporaron a una misión que trasciende de lo acotado por nuestras montañas y nuestro mar, y contribuyeron a la siempre inacabada tarea de hacer España; ahí están bien presentes los marinos y los mineros y los comerciantes y los artesanos y los pescadores, los ganaderos y los agricultores y los profesionales y los metalúrgicos, y los que trabajan el hierro y la madera y tantos otros. Ahí están reflejadas las gentes norteñas incorporadas a las centurias romanas, las que en los días de Tiberio servían ya bajo las águilas romanas, y a las que primero resistieron bravamente. Ahí están los que por las rutas que se abren a Castilla mostraron la universalidad de los hombres de Cantabria. Ahí están los que participaron en el descubrimiento de otros mundos y los que llevaron a otras tierras las virtudes de este pueblo, sin dejar nunca de amarle y recordarle. Importantes testimonios de ello hay en nuestros pueblos, en nuestras aldeas, en nuestras ciudades. Esto —lo que han pregonado mis antecesores— es nuestra realidad cántabra.

Ésta es la Cantabria que se enorgullece de estar siempre presente en la historia. En el comienzo de la historia, dejando símbolos eternos de su arte y de su vida; en el mantenimiento libre de la última parte hispánica que resiste en defensa de lo propio al poderoso Imperio romano hasta que, vencidos los cántabros, y los astures y los galaicos, una paz —la paz octaviana— cierra el templo de Jano. En el nacimiento de España, desde estas ásperas montañas junto con los pueblos vecinos y hermanos, en esforzada y continuada entrega que duró siglos, arrancó también de estas tierras por las rutas hacia Castilla el esfuerzo creador de esta España; en la incorporación de otro mundo al hasta entonces conocido en la epopeya que a finales del siglo XV se inicia desde los puertos de España, en nuestros emigrantes, en los

que por su espíritu emprendedor o por las condiciones difíciles que hacían al hombre mirar hacia otras tierras, o en los que por la incomprensión y la intolerancia emigraron a tierras lejanas, dejando bien alta la identidad de España y de esta tierra y sus apreciadas dotes de laboriosidad e inteligencia.

Proponer hoy una reflexión sobre lo que es nuestra responsabilidad como cántabros, en este concierto de nuestra España; en cuál es nuestra responsabilidad ahora que vivimos una modalidad de acción política bien alejada de los centralismos que rigieron durante tiempo; en un tiempo en que asumimos dentro de la indisoluble unidad de la nación española, patria común de todos los españoles, áreas de poder y responsabilidad que han sido transferidas a nuestra comunidad, no es —pienso— algo ajeno al significado de los pregones y, desde luego, no lo es a la idea y simbolismo del Día de Cantabria.

Si siempre Cantabria se ha sumado con entusiasmo y profundidad al servicio de los valores que, vividos en la sociedad, dan a ésta coherencia y vitalidad, no es ahora cuando va a necesitar de incitaciones para entregarse al servicio de la libertad, la justicia y la solidaridad. Desde los albores de la historia, cuando esta España empieza a forjarse, cuando el talante hispánico encuentra su originaria forja en las tierras que baña el mar de Cantabria, los cántabros han estado bien presentes en las tareas nobles de la libertad, la justicia y la solidaridad. Contribuimos a la realidad de esta España extendiéndose nuestros hombres y nuestra labor integradora; estuvimos presentes en la llegada a la historia de una comunidad desde el instante del nacimiento de España. La españolidad y aún la universalidad de los que tienen —tenemos— por solar esta tierra es patente garantía de nuestra entrega a las inquietudes y a los destinos que la historia ahora nos ofrece.



La finca de «San Diego», desde la vieja Avenida.

A una organización política, a un orden constitucional que ha apostado, enraizándose en la historia, por una distribución de la dirección y responsabilidad de la cosa pública que transfiere a las comunidades —también a Cantabria—, un extenso e intenso poder, y cuando digo poder se enlaza inmediatamente la idea de responsabilidad para con nuestro pueblo, ha de responderse animosamente, con entrega, con la entrega que demandan las cosas grandes, y cosa grande es el servicio a la comunidad. En esa tarea está el pueblo de Cantabria y los que desde el poder o desde la oposición —en este indisoluble ensamblaje que constituye pieza maestra de la democracia—. Proclamemos que ahora, como en todos los momentos de la historia, los cántabros, desde su identidad, están en verdad al gran servicio de la patria hispana.

Otros horizontes, en los que será menester emplear todo el empeño, toda la entrega que exigen las grandes empresas, se ofrecen en nuestro mañana, y se enuncian en este año. Desde lo que el pregón significa, desde su común entendimiento de hacer notoria en voz alta una cosa para conocimiento del común, ha de publicarse aquí, en este Día de Cantabria, como anuncio y a la vez compromiso, que estaremos todos —los que desde el pluralismo nos sentimos partícipes de una común tarea— en las inquietudes y en las responsabilidades.

En estas tierras bañadas por el mar de los cántabros —se ha dicho— nació España y cuajó el talante hispánico, pero en ellas se inició, además, nuestra misión histórica y una de nuestras contribuciones a la forja de Europa y de lo europeo. Me estoy refiriendo —bien se comprende— a lo que se abre ante nuestro horizonte con la incorporación de España a esa tarea común de la Europa nuestra, de la Europa comunitaria, próxima en la historia y en la cultura, en los modos de entender al hombre, en los modos de sentir los valores que hacen al hombre libre y responsable.

No es el pregón el lugar adecuado para adentrarnos en lo que la incorporación a esa Europa comunitaria; no es éste el lugar y no hay tiempo para ello. Pero pienso pecaría el pregón de insuficiente en una de sus dimensiones, en este Día de Cantabria, en el que —anunciamos las fiestas— recordamos el pasado y miramos con ilusión hacia el futuro, si hecho de tal relevancia para nuestra vida pasara sin mención alguna ahora que, con marcada intención de que sea escuchado por este pueblo, a él nos dirigimos en el viejo y honroso papel que me habéis encomendado. Y no es lo que estoy anunciando algo que pertenezca a la exclusividad de los gobernantes, pues si a ellos alcanza la mayor responsabilidad en conducir, desde las competencias que a cada cual incumba, por ese camino hacia el futuro desde una nueva e ilusionada otra vez tarea histórica, el pueblo ha de ser partícipe en ese destino.

¿No es acaso revelador de una realidad histórica —se ha dicho— que esas ásperas y agudas rocas que se extienden por Cantabria, y sus limítrofes Asturias y León, a las que se llega desde acá por más de una ruta, de las que recordamos la que arrancando de Potes, capital de Liébana, sigue la margen del Deva, se llamen Picos de Europa? La historia sigue ahora otros derroteros, en los que el diálogo y la negociación, el entendimiento, la integración y defensa de nuestros intereses, retan a los que asumen las tareas públicas para el buen conducir por el camino lo que ahora en nuestro horizonte se presenta como una nueva etapa de la historia y del destino de los pueblos.

Desde esta España de las regiones, o de las autonomías, fundamentada en la indisoluble unidad de la nación española, patria común e indivisible de todos los españoles, el reto alcanza también a nuestros gobernantes cántabros, y a este pueblo cántabro. Un pueblo que, como siempre ha hecho en la historia, sabrá responder a esta nueva llamada. Una respuesta que hace menester una pronta toma de posiciones, una puesta al día de nuestras estructuras y talentos, que nos lleve a mayores cotas de progreso y bienestar.

Están aquí, con nosotros, presidiendo estas fiestas, las que por sus méritos han sido elegidas reina y damas de su corte, respondiendo a una tradición que quiere simbolizar con ello que la juventud, la belleza, la alegría, son partes integrantes —parte sustancial— de estos días. Yo proclamo su belleza y juventud. Preside las fiestas gema que por su vinculación a esta tierra, y a quien desde la capital de España mantiene vivo el sentimiento de Cantabria, rigiendo su casa ocupa, con su corte, un lugar principal. Es la reina de estas fiestas. Que ellas y su juventud sean también símbolo de esperanzas.

Como desde los tiempos de Juan I, el amador de la gentisela, cuando se implantó en la tierra donde nació la que ahora preside este acto, las fiestas que ensalzaban la poesía, convocaban a los poetas, discernían los premios ensalzamos también ahora, en que la convocatoria tiene otros afanes, a la reina y a su corte.

Y con ello, desde una convocatoria a la juventud, es a esta juventud, a los jóvenes que viven en esta tierra, y que por vivir son cántabros, hayan nacido o no en Cantabria, a la que debemos dirigir nuestra esperanza y nuestros desvelos. Nuestra esperanza en que ilusionadamente se entreguen a la defensa de los valores de Cantabria y de esta España nuestra, de esta realidad que no sólo tiene sentido y presencia, sino, además, profundas resonancias en la efectividad; se incorporen decididamente para que los grandes principios que han de presidir una convivencia en paz se hagan realidad por el esfuerzo de todos. Que la intolerancia, la insolidaridad, la incomprensión se destierren de nuestros hábitos.

Nuestros desvelos para que los jóvenes realicen sus aspiraciones, para que los jóvenes tengan su puesto en la sociedad; para que los jóvenes se incorporen al mundo del trabajo, que tantas dificultades ofrece para muchos en un horizonte que, sin embargo, se presentará pronto como esperanzador. Que todos asumamos nuestra cuota de responsabilidad.

Señor alcalde, con vuestro permiso, que comiencen las fiestas.

El pregón ha terminado.

Muchas gracias.

Jerónimo Arozamena Sierra